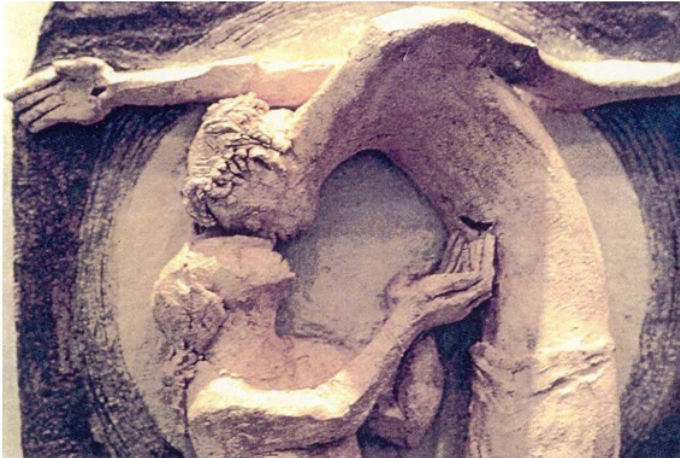




## **EL DIOS DE LA TERNURA, EL CUIDADO Y LA MISERICORDIA «HASTA EL EXTREMO»**

**25 DE MARZO - VIERNES SANTO**

En la noche oscura del sufrimiento, la violencia y la injusticia



### **Sobre la cruz y los crucificados**

La vida no es una improvisación. Nuestras decisiones más importantes tampoco son espontáneas ni porque sí, sino que van precedidas de muchas otras pequeñas y cotidianas decisiones que van configurando el momento de la definitividad. Así sucede también en Jesús. Su vida es inseparable de su ajusticiamiento, su muerte. Estos son consecuencia de su modo de ser y estar en la vida y con la gente, siendo misericordia en acción, misericordia en relación.

El Crucificado es la expresión máxima de la ternura entregada hasta el extremo en la tarea de aliviar el sufrimiento de los últimos. Por eso la ternura es también

subversiva, porque invierte el orden «colocando como primeros a los últimos» (Mt 20,16). La ternura vivida hasta el extremo, al modo de Jesús, tiene repercusiones sociales y políticas y por eso se les hace insoportable a quienes «hacen de su fuerza la norma de la justicia» (Sb 2,1-17) y «oprimen la verdad con la injusticia» (Rm 1,8).

Jesús es condenado porque su actuación y su mensaje sacuden de raíz el sistema organizado al servicio de los poderosos del imperio romano y de la religión del templo. La vida de Jesús se había convertido en un estorbo que era necesario eliminar como las vidas de tantas personas hoy que resultan molestas al sistema o que son consideradas efectos colaterales necesarios. Este es el misterio que hoy estamos contemplando.

«Jesús muere porque los hombres matan». La muerte de Jesús no fue accidental ni casual. Su muerte, como la de tanta gente hoy, son también de algún modo «crónicas de una muerte anunciada». Jesús no murió sino que a Jesús «le arrancaron de la tierra de los vivos» (Is 53,8). La crucifixión no era tampoco cualquier condena a muerte sino el patíbulo más deshonoroso y cruel pues tenía entre sus fines aterrorizar a la población y servir de escarmiento, de ahí su carácter público. En ella se ajusticiaba a los esclavos que se sublevaban o a los antisistema. Su ritual exigía que los cadáveres permanecieran desnudos sobre la cruz para servir de alimento a las aves de rapiña y a los perros salvajes hasta que los restos finalmente eran depositados en la fosa común, de modo que su nombre e identidad quedaban condenados al olvido.

En la historia del cristianismo hemos tenido siempre dos grandes tentaciones: eliminar la cruz o exaltarla. La cruz no tiene la última palabra en el Evangelio pero es una página incómoda que no podemos saltárnosla, como tampoco podemos negar ni ocultar la densidad del sufrimiento. Negarlo es negar lo humano. Ser humano no es sólo positividad y bondad. La violencia y la injusticia generan víctimas y cuentan con nuestras complicidades. La Buena Noticia del Evangelio lo es desde el reverso de la historia y asumiendo la miseria, la debilidad humana, el límite físico y psíquico, el fracaso. Por eso el viernes santo nos revela también los aspectos más oscuros de nuestra de nuestra condición humana.

Pero la exaltación dolorista del sufrimiento y la cruz como algo que Dios nos exige para alcanzar la salvación, tampoco es cristiana. La teología de San Anselmo ha dejado una profunda huella en nosotros exaltando el carácter sacrificial de la Cruz. Dios no necesita completar el sufrimiento de Cristo en ninguna otra persona, Dios no es un vampiro ni necesita la sangre de nadie para perdonar los

pecados. No toda cruz es redentora ni el sufrimiento en sí mismo es un valor ni algo deseable.

A la teología de la política y a la teología de la liberación les debemos que nos hayan abiertos los ojos ante los crucificados y crucificadas y la impotente cercanía de Dios con ellos. También la teología feminista se ha tenido que preguntar: ¿puede el símbolo de la cruz ser liberador para las mujeres o legitima los roles de sumisión y sacrificio que históricamente se ha impuesto a las mujeres?

Como dice una compañera nicaragüense:

«No se trata de busca la cruz ni el sufrimiento como si el sufrimiento por el sufrimiento nos acercara más a Dios, sino afrontar las cosas tal como se producen y luchar contra ellas unidas a Cristo, fijando nuestra mirada en Él y en su amor a la vida y la justicia».

La cruz hay que mirarla siempre por dos lados: el de los crucificadores y el de las víctimas. Por el lado de los crucificadores, la cruz es muerte: «Maldita sea la cruz». Los cristianos nos hemos acostumbrado demasiado a aquello de «Salve Cruz, única esperanza», y hemos olvidado que hay cruces que no son cristianas sino legitimadoras del dolor y la injusticia que recae sobre las vidas de las personas más heridas y excluidas. La Cruz nunca nos va ahorrar dolor, pero nos da lucidez. Nos impide caer en espiritualidades evasivas, depura nuestras imágenes de Dios, a veces demasiado burguesas y *light*, que no soportan la prueba del fracaso, la oscuridad ni el silencio.

El cuerpo crucificado en Jesús nos muestra que la encarnación no es un truco, sino que es irreversible. El Dios venido en carne no ataja nada, ni nos exime de nada, aunque nos muestre su fidelidad hasta el fin, de forma no fácilmente comprensible desde nuestros esquemas exitosos. En el crucificado Dios nos muestra la densidad más honda de su misterio. Un Dios que no sólo está a favor de las víctimas, sino que a merced de sus verdugos, en máxima solidaridad y cercanía con «los sin poder», con aquellos y aquellas que, como leemos en Isaías 52.14: «desfigurado no parecía ni hombre».

## **Un Dios vulnerable y vulnerado. El grito del crucificado**

El Crucificado nos revela a un Dios que no es impasible, sino vulnerable y para el que lo humano nunca es un atajo. Un Dios que no resuelve nada, pero que

sostiene desde dentro en todo y cuya esperanza emerge como aliento y respiro en las noches oscuras de la violencia y la injusticia, también hoy en nuestro mundo. Como afirma Elizabeth Johnson: «El símbolo del Dios sufriente expresa la solidaridad compasiva hasta el extremo de un Dios incrustado en lo humano, que no suple nada pero que nos sostiene desde lo más hondo, ayudando encarar el dolor y el sufrimiento».

Hace unos días acaba de publicarse un libro titulado *Víctimas de la Iglesia*, en el que la autora anónima narra su experiencia de viernes santo en la noche de los abusos sexuales por parte de un clérigo y que recreo con alguna modificación redaccional:

«Sé bien qué significa ser víctima de alguien que con su abuso maltrata el cuerpo, mata el alma y envenena el nombre de Dios. Sé lo duro que es reconocerse como víctima y comenzar y recorrer el camino que lleva a la supervivencia y desde allí a la vida. Sé cuánto odio somos capaces de sentir a causa de la traición de la confianza. Sé cuánto cuesta romper el silencio que nos ata a los agresores. Sé cuánto dolor experimenta quien se topa con Dios en el infierno de los abusos. Pero en este viernes santo de mi vida, el Crucificado estuvo conmigo hasta el final y sentirlo en mi propio infierno fue mi fuerza y mi sostén».

Salvando las distancias la experiencia de esta mujer coincide con la de Bonhoeffer cuando desde el campo de exterminio en *Resistencia y sumisión* escribe: «Dios, clavado en la Cruz permite que lo echen del mundo. Dios es impotente y débil en el mundo y sólo así está Dios con nosotros y nos ayuda. Sólo un Dios que sufre puede ayudarnos».

Contemplar la Cruz y los crucificados nos desvela una vez más que el Dios de Jesús no nos saca de la historia, pues no lo hizo ni con su propio hijo (Rm 8,23-37), sino que se ahonda profundamente en ella sosteniéndola desde abajo y desde adentro. En el Crucificado el Dios mayor se hace menor. Por eso la pregunta quizá más crucial de nuestra vida no es «¿dónde está Dios?», sino «¿Cómo está?». Dios está en la cruz generando esperanza, una esperanza que no está reñida con la oscuridad y que no pasa por encima de los desgarros ni de los despojos, ni mira hacia otra parte, sino que se adentra a través de las losas que aplastan la vida movido por el amor hasta el extremo:

«Si ha bajado a la tierra, es por compasión con el género humano. Sí, ha padecido nuestros sufrimientos antes de haber subido a la cruz, antes de haber tomado nuestra carne. Porque si no hubiese sufrido, no habría bajado a compartir con nosotros la vida humana. Primero sufrió y luego bajó.

Pero ¿qué pasión es esta que ha padecido por nosotros? Es la pasión por amor» (Orígenes).

Nuestra sociedad oculta el sufrimiento o lo banaliza convirtiéndolo en espectáculo. Pero no nos ayuda a encarar a cruz. Las palabras de Etty Hillesum, la mística contemporánea holandesa que murió en un campo de exterminio nazi, cobran hoy gran actualidad y densidad:

«Existe una gran diferencia entre buscar el sufrimiento y aceptar el sufrimiento. En el primer caso se trata de un masoquismo mórbido, en el segundo de un sano consentimiento de vida. No debemos buscar sufrir, pero cuando se nos impone no debemos huir el sufrimiento. Y se nos impone a cada paso. Lo que no impide que la vida sea bella. Intentando jugar al escondite con el sufrimiento, maldiciéndolo se sufre más...» (Etty Hillesum. 15-XII de 1943).

Contemplando hoy al Crucificado vamos a pedir al Señor en este día que nos ayude a permanecer en las situaciones donde la Divinidad se esconde [EE 169], que nos ayude a plantarle cara a la Cruz y escuchar el grito de los crucificados y crucificadas en ella (Mt 27,50; Mc 15,37; Lc 23,46). Escuchar los gritos de quienes viven en la noche del sufrimiento, la violencia, la injusticia y el desamor.

La cruz es un grito en el que caben todos nuestros gritos,

Dentro de tu grito en la cruz  
cabén todos nuestros gritos,  
desde el primer llanto del niño  
hasta el último quejido del moribundo.

Desde tu grito lanzado al cielo  
encomiendan su vida en las manos del Padre  
todos y todas las que se sienten  
abandonadas en un misterio incomprensible.

Desde el desconcierto lanzado como queja  
de quienes experimentaron tu amor alguna vez,  
pero se sienten abandonados ahora  
y sólo en la lucha contigo esperan su salida [...]

(B. González Buelta)

## **Escuchemos esta tarde los gritos de quines viven en la noche del sufrimiento, la violencia, la injusticia y el desamor**

- Los gritos de los empobrecidos, unidos al grito de la tierra como un mismo grito, que mata ecosistemas, pueblos y culturas y condena a la exclusión a personas, pueblos y continentes enteros y asesina a sus líderes y lideresas: Chico Mendes, Dorothy Stang, Berta Cáceres, etc.
- El grito de las poblaciones civiles masacradas con el millonario negocio de la venta de armas.
- El grito de los «descartables» y todos aquellos que el sistema considera sobrantes excluidos como dice el papa Francisco de las Tres T: techo, tierra, trabajo.
- El grito de las fronteras, los campos de refugiados, las muertes en el Mediterráneo, los CIES.
- El grito de quienes son juzgados por leyes injustas en tribunales que como Pilatos se lavan las manos.
- El grito de la feminización de la pobreza y la violencia contra las mujeres y las niñas.
- El grito del sin sentido y el vacío y el «sálvese quien pueda», que generan nuestras sociedades líquidas.
- El grito del sufrimiento que irrumpe en nuestra vida de forma sobrecohedora a partir de la enfermedad, la ruptura afectiva, la pérdida traumática de un ser querido.

La cruz es un grito pero tratamos de sofocarlo con las consignas del consumo, la seguridad y bienestar a cualquier precio, blindando nuestros yos y nuestros pequeños mundos como si fueran el único mundo.

Necesitamos recuperar la vigencia del grito, por desagradable que nos resulte y sumarnos con decisión, sin tener vergüenza ante un sistema que se escandaliza de tales gritos mientras machaca con su implacable bota a quien quiere gritar. Hay que recuperar la función social del grito, que proviene de la desigualdad, de la injusticia, de la violencia estructural, del individualismo narcisista. Hay que escucharlos, y convertirlos en nuestra brújula porque el grito de los y las crucificadas es el grito de Dios hoy en nuestro mundo. El grito es el reflejo de un sueño, una aspiración truncada porque las personas y los colectivos albergamos sueños y, cuando se comprueba que esos sueños han sido quebrados, el dolor surge imparable.

Escuchemos hoy esos gritos y hagámoslo con un profundo silencio para acogerlos con su densidad y hondura. El Crucificado nos surge a que escuchemos hoy

su voz, a que no seamos sordos a su llamamiento y a que juntamente con otros, le ayudemos a bajar de la cruz a tantos crucificados, que no legitimemos con nuestro silencio y omisión su condena.

Para ello no bastan sólo las buenas voluntades, ni las generosidades individuales. Cuando el pecado se hace estructural hay que injertar amor político, amor social en ellas hasta transformarlas o desmantelarlas como hizo el Nazareno. El amor político no es individualista, sino que se sustenta en las redes y los vínculos comunitarios y exige un cambio en nuestras relaciones y estilos de vida. Porque sólo cambiaremos la vida si cambiamos cada uno de nosotros y nosotras de vida.

### **En la escuela del permanecer como María y las mujeres, al pie de la cruz (Mc 15,40-41)**

- Todos han huido y sólo ellas están presentes ante el espectáculo terrible de la muerte de Jesús en la cruz.
- Algunos dicen que las únicas que podían estar eran las mujeres, porque a los varones les habrían apresado. El asunto es que allí estaban ellas, los personajes secundarios, las irrelevantes en lo público, aquellas sobre las que los apóstoles no tenían ninguna expectativa que no fuera la de servir al interior de la comunidad.
- Alguien ha dicho que «en la pasión de Jesús triunfan las mujeres». Entre ellas se nombra a tres: María Magdalena, María la madre de Santiago y de José y Salomé (Mc 1,15-40). En otros momentos a Jesús le han acompañado los tres discípulos favoritos: Pedro, Santiago y Juan (Mc 5,37; Mc 9,1; Mc 14,33). Ahora en el momento de la crisis más rotunda, del fracaso de todas las expectativas sólo lo hacen las mujeres.
- Ellas han entendido el seguimiento de Jesús «hasta el extremo», hasta el final. Para muchos este texto es clave a la hora de fundamentar el discipulado de las mujeres. En él aparecen las mujeres como paradigma del seguimiento «contra viento y marea». Aparecen además dos verbos que son claves en la identificación de las mujeres como discípulas: *diakoneim* (servicio) y *acoloutheim* (seguimiento). Los mismos que aparecen en Lc 8.
- Saben permanecer en la absoluta indefensión e impotencia. Saben estar como a menudo sólo sabemos hacerlo las mujeres en las situaciones límites, cuando la densidad de los acontecimientos pide acompañar sosteniendo preguntas sin respuesta, cuando el espesor del sufrimiento pide mantener la mirada, aunque duela, perder la palabra y arriesgar

el corazón hasta límites insospechados. Dice Georgina Zubiria<sup>1</sup> que las mujeres por nuestro cuerpo conocemos la sabiduría de la vida, el amor que la origina, la esperanza que persevera, los dolores de parto, el gozo y el sufrimiento de respetar la libertad del otro. Por la sangre que se derrama y se renueva cada mes ennuestra vida las mujeres conocemos la sabiduría de la entrega y de los ciclos de la vida. Del amor que se arriesga, de la disposición para que otros y otras la tengan.

Estas mujeres y junto a ellas, en la versión del cuarto Evangelio también Juan, nos enseñan que subir a Jerusalén es asumir el conflicto y el rechazo por defender y estar al lado de quienes no cuentan. Es saber que los granos han de caer en la oscuridad de la tierra y el silencio durante un largo tiempo para que emerja misteriosamente la vida sin saber cuándo, es cargar con la ambigüedad de nuestra vida sabiendo que todo en ella se da mezclado y que muerte y vida, dolor y alegrías son inseparables. Por eso, porque vamos a morir tenemos que vivir acompañándonos y abrazándonos con ternura; porque vamos a morir, la vida no puede ser una pasión inútil, porque vamos a morir las personas tienen hambre y sed de justicia y tenemos que buscar juntas y juntos como saciarla, compartir nuestro pan, nuestras ternuras, nuestras luchas, porque en la vida todo se nos da mezclado.

Quizá por eso, porque estas mujeres permanecieron junto a Jesús en el Calvario padeciendo con Él la experiencia del límite y del amor impotente, pudieron hacer también más adelante, en la mañana del sábado, una lectura, una interpretación distinta, del sepulcro vacío y ser testigos asombradas del Resucitado. ¿Acaso no es en los lugares de muerte donde irrumpe sorpresivamente y de manera incontrolada el brote de nueva vida?

### **Vamos a adentrarnos hoy en el corazón de estas mujeres y en el corazón de Jesús al sentirlas próximas a él**

- ¿Con qué experiencias nos conecta?
- ¿Qué situaciones y personas nos evoca? ¿Qué movilizan en nosotras y nosotros para más amar y servir?
- Como las mujeres, acompañemos a Jesús hoy en su sufrimiento. Contemplemos la pasión como su grito y protesta radical ante violencia y la injusticia y el desamor humano.

---

1. ZUBIRIA, Georgina (2000). *La espiritualidad de las mujeres en el misterio pascual*. Managua: Alternativas, págs. 237-253.



- Detengámonos en su dolor, porque aunque el dolor no es el lugar de nuestro deseo, si lo es el de nuestra plena verdad.

Hay un modo de conocer al que sólo se llegar por el padecer y el compadecer. No somos dueños de nuestro propio dolor pero tampoco sus esclavos y esclavas. Contemplar el dolor de Jesús, su muerte y el modo de encararlo cuestiona el modo con que nosotros afrontamos el nuestro. Jesús murió como vivió: dando vida. La fuerza salvífica de la pasión no radica en que Jesús sufriera y muriera, ya que todo ser humano ha de pasar por el sufrimiento y la muerte, sino en cómo sufrió y en cómo murió, descentrado de sí, excusando a sus agresores, sin rencor. Con una experiencia fuerte de fracaso pero abandonándose en su Abba y entregando su espíritu.

- Detengámonos en el dolor de Jesús que, aunque es sumo, no es un dolor centrado en sí. No es un dolor que termina por hacerse egoísta, victimista o manipulador. El dolor de Jesús no le hace girarse en torno a sus propias frustraciones o fijaciones. Su dolor, aunque le abate y le destruye, no se convierte en la medida del mundo, sino que, aun sufriendo, su vida sigue siendo pro-existencia, vida para los demás y con los demás.
- En la narración de la Pasión según el Evangelio de Lucas «lo que dio que pensar» al centurión y al buen ladrón fue precisamente el modo con que Jesús encaró su dolor sin curvarse hacia sí mismo. Viéndole morir intuyeron cómo había sido su vida. Hay muertes, formas de afrontar el sufrimiento, que pese a la violencia y la injusticia más salvaje, verifican que el amor existe y que se puede vivir y morir amando hasta el fin, hasta el extremo.

Terminemos nuestra reflexión de viernes santo con esta meditación de Christian de Chergé, de la comunidad del monasterio cisterciense, nuestra Señora del Atlas en Tbhirine (Argelia), asesinado en 1996.

Si me sucediera un día...

ser víctima del terrorismo que parece querer abarcar en este momento  
a todos los extranjeros que viven en Argelia,  
yo quisiera que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia,  
recuerden que mi vida estaba ENTREGADA a Dios y a este país.  
Que ellos acepten que el Único Maestro de toda vida  
no podría permanecer ajeno a esta partida brutal.  
...Que sepan asociar esta muerte a tantas otras tan violentas

y abandonadas en la indiferencia del anonimato.

Mi vida no tiene más valor que otra vida.

Tampoco tiene menos.

En todo caso, no tiene la inocencia de la infancia.

He vivido bastante como para saberme cómplice del mal que parece, desgraciadamente, prevalecer en el mundo, inclusive del que podría golpearme ciegamente.

Desearía, llegado el momento, tener ese instante de lucidez que me permita pedir el perdón de Dios

y el de mis hermanos los hombres,

y perdonar, al mismo tiempo, de todo corazón, a quien me hubiera herido.

Yo no podría desear una muerte semejante.

Me parece importante proclamarlo.

En efecto, no veo cómo podría alegrarme de que este pueblo al que yo amo, sea acusado sin distinción, de mi asesinato.

Sería pagar muy caro lo que se llamará, quizás, la «gracia del martirio»,

debérsela a un argelino, quienquiera que sea,

sobre todo si él dice actuar en fidelidad a lo que él cree ser el Islam.

Conozco el desprecio con que se ha podido rodear a los argelinos tomados globalmente.

Conozco también las caricaturas del Islam fomentadas por un cierto islamismo.

Es demasiado fácil creerse con la conciencia tranquila

identificando este camino religioso con los integrismos de sus extremistas.

Argelia y el Islam, para mí son otra cosa, es un cuerpo y un alma.

Lo he proclamado bastante, creo, conociendo bien todo lo que de ellos he recibido,

encontrando muy a menudo en ellos el hilo conductor del Evangelio que aprendí sobre las rodillas de mi madre, mi primerísima Iglesia, precisamente en Argelia y, ya desde entonces, en el respeto de los creyentes musulmanes.

Mi muerte, evidentemente, parecerá dar la razón a los que me han tratado, a la ligera, de ingenuo o de idealista:

«¡qué diga ahora lo que piensa de esto!»

Pero estos tienen que saber que por fin será liberada mi más punzante curiosidad.

Entonces podré, si Dios así lo quiere,

hundir mi mirada en la del Padre

para contemplar con Él a Sus hijos del Islam

tal como Él los ve, enteramente iluminados por la gloria de Cristo,  
frutos de Su Pasión, inundados por el Don del Espíritu,  
cuyo gozo secreto será siempre el de establecer la comunión  
y restablecer la semejanza, jugando con las diferencias.

Por esta vida perdida, totalmente mía y totalmente de ellos,  
doy gracias a Dios que parece haberla querido enteramente  
para este GOZO, contra y a pesar de todo.  
En este GRACIAS en el que está todo dicho, desde ahora, sobre mi vida,  
yo os incluyo, por supuesto, amigos de ayer y de hoy,  
y a vosotros, amigos de aquí,  
junto a mi madre y mi padre, mis hermanas y hermanos y los suyos,  
¡el céntuplo concedido, como fue prometido!

Y a ti también, amigo del último instante, que no habrás sabido lo que hacías.  
Sí, para ti también quiero este GRACIAS, y este «A-DIOS»  
en cuyo rostro te contemplo.

Y que nos sea concedido reencontrarnos como ladrones felices  
en el paraíso, si así lo quiere Dios, Padre nuestro, tuyo y mío.  
¡AMEN! INSHALLAH!

Argel, 1 de diciembre de 1993, Tibhirine, 1 de enero de 1994  
Christian †

## Pistas para orar

### Contemplación del dolor de Jesús y del dolor del mundo a partir de algunos textos

«Existe una gran diferencia entre buscar el sufrimiento y aceptar el sufrimiento. En el primer caso se trata de un masoquismo mórbido, en el segundo de un sano consentimiento de vida. No debemos buscar sufrir, pero cuando se nos impone no debemos huir el sufrimiento, Y se nos impone a cada paso. Lo que no impide que la vida sea bella. Intentando jugar al escondite con el sufrimiento, maldiciéndolo se sufre más...» (Etty Hillesum. 15-XII de 1943).

«El dolor no es el lugar de nuestro deseo, sino el de nuestra plena verdad... No pretendo que convirtamos a nuestro estado predilecto. Al contrario,

debemos recurrir a todo para liberarnos de él. Pero también debemos conocerlo. El hombre verdadero no es el dueño de su dolor, ni el que huye de él, ni tampoco su esclavo» (Ander Suares).

## Senda 1

### Adéntrate en el Evangelio de Juan: Jn 18,28-40; Jn 19,1-37

- El relato es toda una galería de personajes y reacciones. Adéntrate en él y aplica tus sentidos para captar con toda tu sensibilidad lo que sucede. Contempla las personas, escucha sus palabras.
- Fíjate bien en lo que hacen las personas y en por qué actúan así.
- Contempla el sufrimiento físico y psíquico de Jesús, y pregúntale qué le ayuda a resistir, a afrontar lo que le está sucediendo, a no curvarse hacia sí mismo y no convertir su dolor en la medida de la realidad.
- Contempla cómo la divinidad se esconde [EE 196].
- ¿Se puede seguir creyendo después de lo que estamos viendo en Macedonia, en la frontera Sur y Este de Europa, después de los feminicidios en tantos lugares del mundo, los niños soldados, los secuestros y violaciones de mujeres y niñas por Boko Haram, después de ...
- ¿Qué mantiene a Jesús?
- ¿Y qué puedes hacer tú por Él y con Él ante la realidad de tantos crucificados y crucificadas en el mundo?
- Terminar con el salmo 31 recreándolo.

## Senda 2

### Adéntrate en la *escuela del permanecer* como María y las mujeres al pie de la cruz (Mc 15,40-41)

- Adéntrate en el corazón de estas mujeres y en el corazón de Jesús al sentir las próximas a Él.
- ¿Con qué experiencias te conecta? ¿Qué situaciones y personas te evoca?
- ¿Qué movilizan en ti para más amar y servir?